



Seix Barral

Viet Thanh Nguyen

El simpatizante





Seix Barral Biblioteca Formentor

Viet Thanh Nguyen

El simpatizante

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *The Sympathizer*

© Viet Thanh Nguyen, 2015

Publicado de acuerdo con International Editors Co. y Sobel Weber Associates Inc.

© por la traducción, Javier Calvo, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 29: © *Yesterday*, © 2015 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group) © 2015 Apple Corps Ltd, interpretada por The Beatles

pág. 112: © *White Christmas*, 2015 The Fabulous Recordings Remastered, interpretada por Irving Berlin

pág. 146: © *Black is Black*, 2011 © Goldenlane Records, interpretada por Los Bravos

pág. 149: © *Proud Mary*, 2007 © Fantasy, Inc., interpretada por Creedence Clearwater Revival

pág. 149: © *Twist and Shout*, 2016 Heaven And Earth Music, interpretada por The Top Notes

pág. 198: © *Theme From Mahogany (Do You Know Where You're Going To)*, 2015 © Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc. © 1981 Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Diana Ross

pág. 200: © *Feelings*, 2011 Pull Music Publishing, interpretada por Morris Albert

págs. 237 y 241: © *Hey Good Lookin'*, 2011 X5 Music Group, interpretada por Hank Williams

pág. 295: © *I'd Love You to Want Me*, 2016 Westside, interpretada por Lobo

págs. 296 y 298: © *Bang Bang (My Baby Shot Me Down)*, 2006 Boots Enterprises, Inc., interpretada por Nancy Sinatra

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-322-3223-7

Depósito legal: B. 6.196-2017

Composición: Àtona – Victor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Soy un espía, un agente infiltrado, un topo, un hombre con dos caras. Previsiblemente, quizá, también tengo dos mentes. No digo que sea ningún mutante incomprendido salido de un cómic ni de una película de terror, aunque hay quien me ha tratado como si lo fuera. Simplemente soy capaz de ver cualquier cuestión desde ambos lados. A veces me digo en tono elogioso que esto es un don, y aunque es cierto que se trata de un don menor, también es quizá el único que poseo. En otras ocasiones, cuando reflexiono sobre el hecho de que no puedo evitar observar el mundo de esa forma, me pregunto si acaso esto que tengo debería llamarse don. A fin de cuentas, un don es algo que usas, no algo que te usa a ti. El don que no puedes *dejar* de usar, el que simplemente te posee, en realidad es un peligro, debo confesarlo. Pero durante el mes en que sitúo el inicio de esta confesión, mi forma de ver el mundo todavía parecía más una virtud que un peligro, que es lo que parecen de entrada todas las virtudes.

El mes en cuestión era abril, el mes más cruel. Fue el mes en que una guerra que llevaba librándose mucho tiempo perdió sus extremidades, como sucede siempre con las guerras. Fue un mes que lo significó todo para la población de nuestro pequeño rincón del mundo y nada para la mayoría de la gente del resto del planeta. Fue un mes que supuso al mismo tiempo el final de una guerra y el principio de..., bueno, *paz* no

es la palabra apropiada, ¿verdad que no, querido Comandante? Fue un mes durante el cual me dediqué a esperar el final tras los muros de la mansión donde había vivido los cinco años anteriores, unos muros engalanados con esquirlas de cristal marrón y coronados de alambre de púas oxidado. Yo tenía habitación propia en la mansión, igual que la tengo en este campo de internamiento, Comandante. Por supuesto, el término apropiado para designar mi habitación actual es *celda de aislamiento*, y en vez de una gobernanta que viene a limpiar todos los días, usted me ha suministrado un guardia con cara de niño que no limpia nunca. Pero no me quejo. La intimidad, y no la limpieza, es mi único requisito previo para escribir esta confesión.

Aunque en la mansión del General tenía bastante intimidad por las noches, de día tenía poca. Yo era el único de los oficiales del General que vivía en su casa, el único soltero de sus subordinados y su ayudante de más confianza. Por las mañanas, antes de que le hiciera de chófer del breve trayecto hasta su oficina, desayunábamos juntos, examinando despachos en una punta de la mesa de teca del comedor mientras su esposa supervisaba a un disciplinado cuarteto de hijos en la otra punta, de dieciocho, dieciséis, catorce y doce años, respectivamente, dejando un asiento vacío para la hija que estaba estudiando en América. Puede que no todo el mundo temiera el fin, pero el General sí, y con razón. Era un hombre flaco de espalda perfectamente recta, veterano de campaña cuyas muchas medallas habían sido, en su caso, genuinamente merecidas. Aunque sólo poseía nueve dedos en las manos y ocho en los pies —las balas y la metralla le habían robado los tres restantes—, sólo su familia y su gente de confianza conocían el estado de su pie izquierdo. Sus ambiciones casi nunca se habían frustrado, a excepción del deseo de procurarse una excelente botella de borgoña y bebérsela en compañía de personas que supieran que no tenían que ponerle cubitos al vino. Era epicúreo y cristiano, en ese orden, hombre de fe que creía en la gastronomía y en Dios; en su mujer y en sus hijos; y en

los franceses y los americanos. En su opinión, éstos nos ofrecían un tutelaje mucho mejor que aquellos otros Svengali extranjeros que habían hipnotizado a nuestros hermanos del norte y a algunos de los del sur también: Karl Marx, V. I. Lenin y el Camarada Mao. ¡No es que él hubiera leído a ninguno de aquellos sabios! Era mi tarea, en calidad de ayudante de campo y suboficial de Inteligencia, suministrarle notas garabateadas sobre, por ejemplo, el *Manifiesto comunista* o el *Libro rojo* de Mao. Luego a él le tocaba encontrar ocasiones para demostrar su conocimiento del pensamiento del enemigo; su aforismo favorito era la pregunta de Lenin, que plagiaba cada vez que surgía la ocasión: caballeros, decía, golpeando la mesa de turno con nudillos de diamante: *¿qué hacer?* Parecía irrelevante comentarle que en realidad la pregunta se la había inventado Nikolai Chernyshevski en su novela del mismo título. ¿Cuántos recordaban hoy a Chernyshevski? Era Lenin el que importaba, el hombre de acción que había cogido la pregunta y la había hecho suya.

En aquel abril especialmente lúgubre, enfrentado a la cuestión de qué hacer, aquel general que siempre había encontrado una respuesta ya no pudo hallarla. Cualquiera que tuviera fe en la *mission civilisatrice* y en el Estilo Americano debía de encontrarse en el mejor de los casos picado por el bicho del escepticismo. Repentinamente insomne, adoptó la costumbre de deambular por su mansión haciendo gala de esa palidez verdosa de los pacientes de malaria. Desde que nuestro frente norte se había venido abajo pocas semanas atrás, en marzo, había empezado a materializarse en la puerta de mi despacho o bien en mi habitación de la mansión para transmitirme alguna noticia, siempre sombría. ¿Puede creérselo?, me preguntaba en tono imperioso, a lo que yo siempre contestaba una de dos cosas: ¡No, señor! o ¡Increíble! No nos podíamos creer que el agradable y pintoresco pueblo cafetero de Ban Me Thuot, mi pueblo natal en las Tierras Altas, hubiera sido saqueado a principios de marzo. No nos podíamos creer que nuestro presidente, Thieu, cuyo mismo nombre ro-

gaba que lo escupiéramos, hubiera ordenado inexplicablemente que se retiraran las tropas que estaban defendiendo las Tierras Altas. No nos podíamos creer que hubieran caído Da Nang y Nha Trang, ni que nuestras tropas hubieran disparado a civiles por la espalda mientras todos pugnaban enloquecidos por escapar a bordo de barcazas y botes, provocando que la cifra de muertos ascendiera a miles. En la intimidad secreta de mi despacho, yo fotografiaba con diligencia aquellos informes, para satisfacción de Man, mi responsable. Aunque a mí también me complacían, en tanto que señales de la erosión inevitable del régimen, no podía evitar que las penurias de aquella pobre gente me afectaran. Tal vez no fuera correcto, en términos políticos, que sintiera compasión por aquellas personas, pero mi madre habría sido una de ellas de seguir con vida. Ella había sido pobre, yo era su hijo pobre y a la gente pobre nadie le pregunta si quiere la guerra. Tampoco a aquella pobre gente le habían preguntado si quería morir de sed o de frío en las aguas costeras, ni si quería que sus propios soldados les robaran sus posesiones o los violaran. Si esos millares de personas siguieran con vida, no se habrían podido creer cómo habían muerto, igual que nosotros no nos podíamos creer que los americanos —nuestros amigos, nuestros benefactores, nuestros protectores— hubieran rechazado nuestra petición de que mandaran más dinero. ¿Y qué habríamos hecho nosotros con ese dinero? Pues comprar munición, combustible y piezas de repuesto para las armas, aviones y tanques que esos mismos americanos nos habían cedido gratis. Después de darnos las agujas, ahora se negaban perversamente a suministrarnos la droga. (No hay nada más caro, murmuraba el General, que lo que se ofrece gratis.)

Al final de nuestras discusiones y comidas, yo le encendía su cigarrillo y él se quedaba mirando a lo lejos, olvidándose de fumarse el Lucky Strike y dejando que se le consumiera lentamente entre los dedos. A mediados de abril, un día en que la ceniza llegó a quemarlo, sacándolo de sus ensoñaciones y haciéndole soltar una palabra inapropiada, Madame acalló las ri-

sitas de los niños y le dijo: si esperas mucho más, ya no podremos salir. Tienes que pedirle ya un avión a Claude. El General fingió que no oía a Madame. Ella tenía una mente como un ábaco, agallas de instructor militar y cuerpo de virgen a pesar de haber parido cinco hijos. Todo esto rodeado de unos exteriores de esos que inspiraban a nuestros pintores formados en las bellas artes a usar acuarelas en tonos marcadamente pastel y pinceladas marcadamente difusas. Ella era, en pocas palabras, la mujer vietnamita ideal. Por aquella buena fortuna, el General estaba eternamente agradecido y aterrado. Toqueteándose la yema del dedo quemado, me miró a mí y me dijo: Creo que es hora de pedirle un avión a Claude. Sólo cuando él volvió a examinarse el dedo lastimado, yo le eché un vistazo a Madame, que se limitó a enarcar una ceja. Buena idea, señor, le dije.

Claude era nuestro amigo americano de más confianza, una amistad tan íntima que una vez me reveló que tenía una dieciseisava parte de negro. Ah, le dije yo, igualmente beodo de whisky de Tennessee, eso explica por qué tienes el pelo negro, y por qué te bronceas tanto, y por qué sabes bailar el chachachá como si fueras uno de nosotros. Beethoven, me contó él, también tenía la misma mezcla hexadecimal de sangre. En ese caso, le dije yo, también se explica que seas capaz de entonar el *Cumpleaños feliz* como nadie. Hacía más de dos décadas que nos conocíamos, desde que él me había visto en una barcaza de refugiados en el 54 y había reconocido mi talento. Yo era un niño precoz de nueve años que ya había adquirido un nivel decente de inglés, gracias a las enseñanzas de uno de los primeros misioneros americanos de la región. Por entonces Claude se dedicaba supuestamente a la ayuda a los refugiados. Ahora tenía su despacho en la embajada americana y su misión era, en teoría, el desarrollo del turismo en nuestro país asolado por la guerra. Esto, como pueden imaginar ustedes, requería hasta la última gota que él pudiera exprimir de un pañuelo empapado de sudor del espíritu posibilista americano. En realidad, Claude era un agente de la CIA cuya presencia en este país se remontaba a la época en que los

franceses todavía gobernaban un imperio. En aquella época, cuando la CIA era el OSS, Ho Chi Minh había acudido a ellos en busca de ayuda para combatir a los franceses. Incluso había citado a los Padres Fundadores de América en su declaración de la independencia de nuestro país. Los enemigos del Tío Ho decían que hablaba con los dos lados de la boca al mismo tiempo. Yo llamé a Claude desde mi despacho, situado al final del mismo pasillo donde estaba el estudio del General, y le informé de que el General había perdido toda esperanza. Claude hablaba vietnamita mal y francés aún peor, pero su inglés era excelente. Señalo este detalle únicamente porque no se podía decir lo mismo de todos sus compatriotas.

Se ha acabado, le dije a Claude, y en cuanto se lo dije por fin pareció real. Yo pensé que tal vez protestaría y afirmaría que los bombarderos americanos todavía podían llenar nuestros cielos, o bien que la caballería aérea americana pronto vendría en nuestro rescate a bordo de helicópteros de combate, pero Claude no me decepcionó. Voy a ver qué puedo conseguir, me dijo; de fondo se oía un murmullo de voces. Me imaginé la embajada sumida en el caos, los teletipos recalentados, los cables urgentes viajando de un lado a otro entre Saigón y Washington, a los empleados trabajando sin pausa y un hedor a derrota tan acre que se imponía al aire acondicionado. En medio de la crispación, Claude mantenía la calma; llevaba tanto tiempo viviendo allí que la humedad de los trópicos ya ni siquiera le hacía sudar. Sabía cómo acercarse a ti sin ser visto en la oscuridad, pero nunca sería invisible en nuestro país. Aunque era un intelectual, también formaba parte de una estirpe peculiarmente americana, esa que practica el remo y tiene unos bíceps considerables gracias a las flexiones. Mientras que nuestros académicos solían ser pálidos, miopes y contrahechos, Claude medía casi metro noventa, tenía una vista perfecta y se mantenía en forma a base de hacer doscientas flexiones cada mañana con su sirviente Nung acuclillado sobre su espalda. Durante su tiempo libre leía, y siempre que visitaba la mansión traía un libro bajo el brazo. Cuando vino

a vernos al cabo de unos días, el libro de bolsillo que traía era *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción* de Richard Hedd.

El libro era para mí, mientras que el General recibió una botella de Jack Daniel's, un regalo que yo habría preferido si me hubieran dado a elegir. Pese a todo, me aseguré de examinar con atención la cubierta del libro, atiborrada de frases tan exageradamente elogiosas que parecían sacadas de un club de fans de chicas adolescentes salvo por el hecho de que las risitas excitadas pertenecían a un par de secretarios de Defensa, un senador que había visitado nuestro país durante dos semanas para informarse y un renombrado presentador de televisión que usaba como modelo de dicción a Moisés interpretado por Charlton Heston. La razón de su emoción residía en el significativo texto del subtítulo: *Entender y derrotar la amenaza marxista a Asia*. Cuando Claude me comentó que todo el mundo estaba leyendo aquel manual práctico, yo le aseguré que también lo leería. El General, que había abierto la botella, no estaba de humor para comentar libros ni para charlar, con aquellas dieciocho divisiones enemigas rodeando la capital. Quería hablar del avión, y Claude, haciendo girar su vaso de whisky entre las palmas de las manos, dijo que lo mejor que podía conseguir era un vuelo encubierto, extraoficial, a bordo de un C-130. Se trataba de un aparato con capacidad para noventa y dos paracaidistas y su equipo, tal como el General sabía perfectamente porque había servido en la División Aerotransportada antes de que el presidente en persona lo llamara para dirigir la Policía Nacional. El problema, tal como explicó a continuación, era que sólo su clan familiar ya sumaba cincuenta y ocho personas. Aunque había algunos que no le caían bien, y de hecho odiaba a unos cuantos, Madame nunca le perdonaría que no rescatara a todos sus parientes.

¿Y mi personal, Claude?, dijo el General con su inglés preciso y formal. ¿Qué pasa con ellos? Tanto el General como Claude me miraron. Yo intenté aparentar valentía. No era el oficial superior del personal, pero en calidad de ayuda de

campo y de oficial que conocía mejor la cultura americana, siempre asistía a todas las reuniones del General con los americanos. Algunos de mis compatriotas también hablaban inglés, aunque la mayoría tenían un deje de acento. Sin embargo, casi nadie podía hablar como yo de los puestos en la tabla de las ligas del béisbol, de lo espantosa que era Jane Fonda o de los méritos de los Rolling Stones en relación con los Beatles. Si un americano cerrara los ojos y me oyera hablar, pensaría que era uno de los suyos. Ciertamente, por teléfono me tomaban todo el tiempo por americano. Cuando me conocían en persona, mis interlocutores se quedaban siempre asombrados al verme y casi siempre me preguntaban cómo había aprendido a hablar inglés tan bien. En aquella república bananera que servía de franquicia de Estados Unidos, los americanos esperaban que yo fuera como los millones de personas que no hablaban inglés, lo chapurreaban mal o lo hablaban con acento. A mí me molestaba aquella expectativa. Por eso siempre estaba ansioso por demostrar, tanto oralmente como por escrito, mi dominio de su idioma. Mi vocabulario era más amplio y mi gramática más precisa que las del americano culto medio. Podía manejarme tanto con los registros elevados como con los bajos, y por tanto no me costó entender la descripción que hizo ahora Claude del embajador como un «tarado» y un «capullo» que «no sabía de la misa la media» y se negaba a aceptar la caída inminente de la ciudad. Oficialmente no hay evacuación, dijo Claude, porque no tenemos intención de marcharnos.

El General, que casi nunca levantaba la voz, entonces lo hizo. De manera extraoficial, nos estáis abandonando, gritó. No paran de salir aviones del aeropuerto, día y noche. Todo el mundo que trabaja con los americanos quiere un visado de salida. Y van a vuestra embajada para conseguir esos visados. Habéis evacuado ya a vuestras mujeres. Habéis evacuado a los bebés y a los huérfanos. ¿Cómo es que los únicos que no saben que los americanos se están marchando son los americanos? Claude tuvo la decencia de mostrarse avergonzado

mientras explicaba que, si se declaraba una evacuación, estallarían la revuelta en la ciudad y tal vez se volvería contra los americanos que quedaban. Era lo que había pasado en Da Nang y en Nha Trang, donde los americanos habían huido para salvar el pellejo y habían dejado atrás a los residentes para que se mataran entre ellos. Sin embargo, a pesar de este precedente, la atmósfera en Saigón era extrañamente tranquila y la mayor parte de la ciudadanía saigonesa se comportaba como si estuviera en un matrimonio hundido, dispuesta a aferrarse con valentía al otro y ahogarse, siempre y cuando nadie declarara la adúltera verdad. La verdad, en este caso, era que por lo menos un millón de personas estaba trabajando o había trabajado para los americanos de una forma u otra, ya fuera sacando brillo a sus zapatos, dirigiendo el ejército que los americanos habían diseñado a su propia imagen o bien haciéndoles felaciones por el mismo precio que pagabas por una hamburguesa en Peoria o Poughkeepsie. Y una buena parte de esa gente pensaba que si los comunistas ganaban —algo que se negaban a admitir—, lo que les esperaba era la prisión o el garrote, y en el caso de las vírgenes, el matrimonio forzoso con los bárbaros. ¿Y por qué no iban a pensarlo? Eran los rumores que estaba propagando la CIA.

Así pues..., empezó a decir el General, pero Claude lo interrumpió: tiene usted un avión y debería considerarse afortunado, señor. El General no era dado a las súplicas. Se terminó su whisky al mismo tiempo que Claude; a continuación le estrechó la mano y se despidió de él sin dejar ni un momento de mirarlo a los ojos. A los americanos les gustaba mirarte a los ojos, me había contado una vez el General, sobre todo mientras se te follaban por detrás. No era así como Claude veía la situación. Otros generales solamente estaban consiguiendo asientos para su familia inmediata, nos explicó Claude cuando nos separamos. Ni siquiera Dios y Noé pudieron salvar a todo el mundo. O tal vez no quisieron.

¿No pudieron? ¿Qué diría mi padre al respecto? Él era sacerdote católico, pero yo no recordaba que aquel pobre clé-

rigo hubiera dado un solo sermón sobre Noé, aunque es cierto que yo sólo iba a misa para soñar despierto. Pero, independientemente de lo que pudieran hacer Dios o Noé, estaba bastante claro que hasta el último subordinado del General, si tuviera oportunidad de ello, salvaría a un centenar de parientes de sangre, además de a cualquier familiar político que pudiera pagarse el soborno. Las familias vietnamitas eran complejas y delicadas, y aunque a veces yo echaba de menos tener una, siendo como era el hijo único de una madre abandonada, aquella no fue una de esas veces.

El presidente dimitió aquel mismo día. Yo pensaba que habría abandonado el país semanas antes, al estilo de los dictadores, de forma que apenas me detuve a pensar en él mientras trabajaba en la lista de evacuados. El General era un hombre meticuloso y detallista, habituado a tomar decisiones rápidas y difíciles, y sin embargo aquella tarea me la delegó a mí. A él lo tenían ocupado los asuntos de su oficina: leer los informes matinales de los interrogatorios, asistir a las reuniones en el complejo del Mando Militar Conjunto, telefonar a su gente de confianza para discutir cómo conservar la ciudad y al mismo tiempo estar preparados para abandonarla, una maniobra igual de complicada que jugar a las sillas musicales al son de tu canción favorita. Yo tenía la música muy presente porque mientras trabajaba en mi lista, en horario nocturno, me dedicaba a escuchar el American Radio Service en un aparato Sony que tenía en mi habitación de la mansión. Normalmente, las canciones de The Temptations, Janis Joplin y Marvin Gaye hacían más soportables las cosas malas y convertían las buenas en maravillosas, pero no en ocasiones como la presente. Cada vez que tachaba un nombre me daba la sensación de estar firmando una sentencia de muerte. Todos nuestros nombres, desde el del oficial de rango más bajo hasta el del General, habían sido encontrados hacía tres años en una lista que su propietaria tenía en la boca cuando tiramos su puerta abajo.

La advertencia que yo le había mandado a Man no le había llegado a tiempo a la mujer. Mientras la policía inmovilizaba a aquella agente comunista contra el suelo, a mí no me quedó más remedio que meterle la mano en la boca y sacarle aquella lista pringada de saliva. El hecho de que existiera aquel pedazo de papel maché demostraba que los miembros de la Sección Especial, acostumbrados a vigilar, también estaban siendo vigilados. Aunque hubiera tenido un momento a solas con ella, no podría haberle dicho que era de los suyos sin poner en peligro mi posición. Yo sabía qué destino le esperaba. En las celdas de la Sección Especial todo el mundo hablaba, y ella habría contado mi secreto a su pesar. Era más joven que yo, pero lo bastante lista como para saber también lo que le esperaba. Durante un momento vi la verdad en sus ojos, y la verdad era que me odiaba por lo que ella pensaba que yo era, el agente de un régimen opresor. Luego, igual que yo, se acordó del papel que tenía que interpretar. ¡Por favor, señores!, gritó. ¡Soy inocente!

Tres años más tarde, aquella agente comunista seguía en una celda. Yo conservaba su expediente sobre mi mesa para recordarme a mí mismo que no había conseguido salvarla. Y era culpa mía, me había dicho Man. Cuando llegara el día de la Liberación, me tocaría a mí abrir su celda. Tenía veintidós años en el momento de su detención, y en el expediente había una foto de ella en el momento de su captura y otra de hacía solamente unos meses, con la mirada apagada y el pelo ralo. Las celdas de nuestras cárceles eran máquinas del tiempo, donde la gente envejecía mucho más deprisa de lo normal. Mirar sus dos caras de vez en cuando me había ayudado con la tarea de elegir a unos cuantos hombres a los que salvar y a muchos más a los que condenar, entre ellos algunos que me caían bien. Me pasé varios días haciendo y rehaciendo la lista mientras los defensores de Xuan Loc eran aniquilados y, al otro lado de nuestra frontera, los jemereros rojos tomaban Phnom Penh. Pocas noches después nuestro expresidente voló en secreto a Taiwán. Claude, que fue quien lo llevó en coche al aeropuerto, se dio cuenta de que dentro de las male-

tas exageradamente pesadas del presidente tintineaba algo metálico, con toda seguridad una parte considerable del oro de nuestra nación. Me lo contó a la mañana siguiente cuando me llamó para avisar de que nuestro avión salía dentro de dos días. Yo terminé mi lista aquel mismo día a media tarde y le dije al General que había decidido ser democrático y representativo, y por tanto había elegido al oficial de más alto rango, al oficial que todo el mundo consideraba más honrado, a aquel cuya compañía yo apreciaba más, etcétera. Él aceptó mi razonamiento y su consecuencia inevitable: el hecho de que íbamos a dejar atrás a un número importante de los oficiales superiores que mejor conocían el trabajo de la Sección Especial y que más culpan tenían. Terminé eligiendo a un coronel, un mayor, otro capitán y dos tenientes. También reservé un asiento para mí y tres más para Bon, su mujer y su hijo, que era mi ahijado.

Cuando el General me visitó aquella noche para darme sus condolencias, trayendo la botella de whisky ya medio vacía, le pedí por favor si podíamos llevarnos a Bon con nosotros. Aunque no era mi hermano de verdad, había sido uno de mis dos hermanos de sangre desde los tiempos de la escuela. El otro era Man, y los tres nos habíamos jurado lealtad eterna durante la adolescencia, haciéndonos sendos cortes en las palmas de las manos y mezclando nuestra sangre por medio de un apretón ritual. Yo llevaba en mi billetera una fotografía en blanco y negro de Bon y su familia. Bon tenía aspecto de un hombre guapo al que le habían pegado una paliza de muerte, aunque se trataba sólo de la cara que le había dado Dios. Ni siquiera su boina de paracaidista y su uniforme meticulosamente planchado con camuflaje de rayas de tigre conseguían distraer la atención de sus orejas de paracaídas, de su barbilla perpetuamente metida entre los pliegues del cuello ni de su nariz toda torcida hacia la derecha, igual que sus ideas políticas. En cuanto a su mujer, Linh, su cara se podría comparar poéticamente con la luna de la cosecha, sugiriendo no sólo el hecho de que era redonda y gruesa, sino también que

estaba toda moteada y llena de cráteres y salpicada de cicatrices de acné. Era un misterio que aquella pareja hubiera fabricado a un niño tan guapo como Duc, o tal vez fuera simplemente igual de lógico que el hecho de que dos números negativos cuando se multiplican entre sí dan uno positivo. El General me devolvió la foto y me dijo: es lo menos que puedo hacer. Es paracaidista. Si en nuestro ejército fueran todos paracaidistas, habríamos ganado esta guerra.

Si... pero no había «si» que valiera, solamente la realidad irrefutable del General sentado en el borde de mi silla mientras yo permanecía de pie junto a la ventana, dando sorbos de whisky. En el patio, el ordenanza del General arrojaba puñados de secretos a un fuego que ardía en un bidón de doscientos litros, haciendo que la noche ya de por sí calurosa todavía lo fuera más. El General se levantó y caminó por mi cuartito, vaso en mano, vestido sólo con sus calzoncillos bóxer y una camiseta sin mangas; una sombra de barba de varias horas en el mentón. Los únicos que lo veíamos alguna vez de esta guisa éramos el servicio doméstico, su familia y yo. Siempre que venía alguna visita a la casa, fuera la hora que fuera, él se engominaba el pelo y se ponía el uniforme caqui almidonado, con más cintas engalanándole la pechera de las que había en el pelo de una reina de la belleza. Esa noche, en cambio, con el silencio de la mansión sólo interrumpido por las ráfagas ocasionales de disparos, se permitió quejarse con amargura de cómo los americanos nos habían prometido salvarnos del comunismo solamente si hacíamos lo que ellos nos decían. Ellos habían empezado esta guerra, y ahora que estaban cansados de ella se nos quitaban de encima, me dijo, sirviéndome otra copa. ¿Pero quién era el culpable, más que nosotros mismos? Habíamos sido lo bastante tontos como para creer que mantendrían su palabra. Y ahora ya no quedaba más sitio al que ir que América. Hay sitios peores, le dije yo. Quizá, me dijo él. Por lo menos viviremos para volver a luchar. Por ahora, sin embargo, estamos con la mierda hasta el cuello. ¿Qué clase de brindis es apropiado para eso?

Las palabras me vinieron al cabo de un momento.

Mucha mierda para todos, dije.

Eso es, joder.

No me acuerdo de quién me enseñó aquel brindis, ni de qué quería decir, solamente sé que lo había aprendido durante mis años en América. El General también había estado en América, aunque sólo durante unos meses, cuando era suboficial y había ido a entrenarse junto con un pelotón de compañeros a Fort Benning, en el 58; fue allí donde los Boinas Verdes lo vacunaron de forma permanente contra el comunismo. En mi caso, la vacuna no surtió efecto. Yo ya estaba infiltrado, parte estudiante con beca y parte espía en formación, el único representante de nuestro pueblo en una pequeña universidad rural llamada la Occidental, cuyo lema era *Occidens Proximus Orienti*. Allí pasé seis años idílicos en el mundo de ensueño y bucólicamente soleado del sur de California, durante los sesenta. No me asignaron el estudio de las carreteras, los sistemas de alcantarillado ni otras empresas útiles por el estilo. En cambio, la misión que me asignó Man, mi coconspirador, fue aprender las formas de pensar americanas. Mi guerra era psicológica. Con ese propósito, leí la Historia de América y su literatura, perfeccioné mi gramática y absorbí la jerga, fumé marihuana y perdí mi virginidad. En suma, no solamente me licencié, sino que hice un máster, me convertí en un experto en todas las modalidades de estudios americanos. Todavía me acuerdo de dónde leí las palabras del más grande de los filósofos americanos, Emerson: en un jardín junto a una arboleda iridiscente de jacarandás. Mi atención estaba dividida entre las exóticas estudiantes de pelo rubio oscuro que tomaban el sol con sus blusas sin mangas y pantalones cortos sobre lechos de carriceras, y aquellas palabras severas y negras sobre la página en blanco: «La coherencia es el trasgo de las mentes pequeñas». Nada de lo que Emerson había escrito se aplicaba mejor a América, pero ésa no fue la única razón de que yo subrayara sus palabras una, dos y hasta tres veces. Lo que me llamó la atención entonces, y sigue haciéndolo ahora, era que

se podía decir exactamente lo mismo de nuestra madre patria, donde la coherencia brillaba por su ausencia.

En nuestra última mañana, llevé en coche al General a su despacho en el complejo de la Policía Nacional. Yo tenía el mío en el mismo pasillo y fue allí donde convoqué a los cinco oficiales elegidos para reunirme con ellos en privado, uno a uno. ¿Nos vamos esta noche?, me preguntó el coronel, muy nervioso, con los ojos húmedos y muy abiertos. Sí. ¿Y mis padres? ¿Y los padres de mi mujer?, me preguntó el mayor, un crapuloso devoto de los restaurantes chinos de Cholon. No. ¿Hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas? No. ¿Gobernantas y niñeras? No. ¿Maletas, roperos, juegos de porcelana? No. El capitán, que cojeaba un poco por culpa de una enfermedad venérea, amenazó con suicidarse a menos que le consiguiera más asientos. Yo le ofrecí mi revólver y él se escabulló con el rabo entre las piernas. En cambio, los dos jóvenes tenientes se mostraron agradecidos. Habían obtenido sus preciados puestos gracias a los contactos de sus padres y se comportaban con entrecortado nerviosismo de marionetas.

Cerré la puerta detrás del último de ellos. Cuando una serie de explosiones lejanas hicieron temblar las ventanas, vi bullir fuego y humo en el este. La artillería enemiga había incendiado el depósito de munición de Long Binh. Sintiendo la necesidad simultánea de lamentarlo y de celebrarlo, acudí a mi cajón, donde tenía una botella de Jim Beam con varios dedos de licor. Si mi pobre madre estuviera viva, me diría: no bebas tanto, hijo. No puede ser bueno para ti. ¿Pero acaso es verdad eso, madre? Cuando uno se encuentra en una situación tan complicada como la mía, infiltrado entre el personal del General, busca consuelo donde puede encontrarlo. Me terminé el whisky y llevé al General en coche a casa bajo una tormenta, unas aguas amnióticas que derramaron violentamente sobre la ciudad un presagio de la estación por venir. Algunos confiaban en que el monzón ralentizara el avance de

las divisiones del norte, pero a mí no me parecía probable. Me salté la cena y metí en la mochila mis cosas de aseo, un par de pantalones de algodón y una camisa de madrás comprada en un J. C. Penney de Los Ángeles, unos mocasines, tres mudas de ropa interior, un cepillo de dientes eléctrico procedente del mercadillo de los ladrones, una fotografía enmarcada de mi madre, varios sobres de fotos tanto de aquí como de América, mi cámara Kodak y mi ejemplar de *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción*.

La mochila era un regalo que me había hecho Claude para celebrar mi graduación de la universidad. Era la más elegante de mis posesiones y se podía llevar a la espalda o bien, dando una serie de tirones a las correas, convertirla en valija para llevar en la mano. Elaborada con flexible cuero marrón por un prestigioso fabricante de Nueva Inglaterra, la mochila despedía un olor intenso y misterioso a hojas otoñales, langosta a la parrilla y esa mezcla de sudor y esperma de los internados masculinos. En el costado había grabado a fuego un monograma de mis iniciales, pero el rasgo más especial era el doble fondo. Todo el mundo debería tener un doble fondo en su equipaje, me había dicho Claude. Nunca se sabe cuándo te va a hacer falta. Y sin que él lo supiera, yo lo usaba para esconder mi minicámara Minox. Aquella Minox que me había regalado Man costaba varias veces mi sueldo anual. Era la cámara que había usado para fotografiar ciertos documentos clasificados a los que tenía acceso, y ahora pensé que tal vez volvería a resultarme útil. Por último, examiné el resto de mis libros y discos, la mayoría adquiridos en Estados Unidos y todos marcados con las huellas dactilares de la memoria. No tenía sitio para Elvis o Dylan, Faulkner o Twain, y aunque podía comprarlos de nuevo, fue con el ánimo por los suelos que escribí el nombre de Man en la caja de libros y discos. Me pesaban demasiado, igual que mi guitarra, que al marcharme se quedó exhibiendo sus caderas anchas y acusadoras sobre mi cama.

Terminé de hacer mi equipaje y tomé prestado el Citroën para recoger a Bon. La policía militar de los puestos de con-

trol me dejó pasar al ver las estrellas del General en el automóvil. Mi destino estaba al otro lado del río, una lúgubre vía de navegación flanqueada de chabolas de refugiados del campo, cuyos hogares y granjas habían sido borrados del mapa por soldados pirómanos y atildados incendiarios que habían encontrado su verdadera vocación como bombarderos. Más allá de aquella caótica extensión de chabolas, en las profundidades del Distrito Cuarto, Bon y Man me esperaban en una cervecería al aire libre donde los tres habíamos pasado más horas de borrachera de las que yo podía recordar. Las mesas estaban abarrotadas de soldados y marines, con los fusiles debajo de sus taburetes y el pelo cortado casi al cero por un contingente de sádicos barberos del ejército decididos a desvelar el contorno de sus cráneos con algún malvado propósito frenológico. Bon me sirvió un vaso de cerveza en cuanto me senté, pero antes de dejarme beber propuso un brindis. Por nuestra reunión, dijo, levantando su vaso. ¡Volveremos a vernos en Filipinas! Yo le dije que más bien nos veríamos en Guam, porque el dictador Marcos estaba harto de refugiados y ya no aceptaba más. Bon soltó un gemido y se frotó el vaso contra la frente. Yo pensaba que la cosa ya no podía empeorar, dijo. ¿Y ahora resulta que los filipinos nos desprecian? Olvídate de Filipinas, dijo Man. Brindemos por Guam. Dicen que es el territorio americano donde empieza el día. Y donde termina el nuestro, murmuró Bon.

A diferencia de Man y de mí, Bon era un patriota genuino, un republicano que se había alistado como voluntario para combatir y que había odiado a los comunistas desde que la célula local había aconsejado a su padre, jefe de su aldea, que se arrodillara en la plaza y confesara, para a continuación meterle una bala detrás de la oreja. Si lo abandonábamos a su suerte, estaba claro que Bon iba a hacer como los japoneses y a luchar hasta el fin, o quizá se pegaría un tiro en la cabeza él también, de forma que Man y yo lo habíamos convencido para que pensara en su mujer y su hijo. Irse a América no era desertar, le aseguramos. Era una retirada estratégica. Le diji-

mos que Man también huiría con su familia al día siguiente, aunque la verdad era que se iba a quedar para presenciar cómo aquellos comunistas del norte a los que Bon tanto odiaba liberaban el sur. Man le dio un apretón cordial en el hombro con sus dedos largos y delicados y le dijo: somos hermanos de sangre, los tres. Y lo seguiremos siendo aunque perdamos esta guerra, y aunque perdamos nuestro país. Me miró a mí y vi que tenía los ojos húmedos. Para nosotros no existe el fin.

Tienes razón, dijo Bon, negando enérgicamente con la cabeza para disimular las lágrimas que también a él se le estaban escapando. Así que basta de tristeza y de pesadumbre. Bebamos por la esperanza. ¿Verdad? Me miró. A mí no me avergonzaban mis lágrimas. Aquellos hombres eran mejores que ningún hermano de verdad que yo pudiera haber tenido, porque nosotros nos habíamos elegido. Levanté mi vaso de cerveza. Por nuestro regreso, dije. Y por una hermandad que no tiene fin. Vaciamos los vasos, pedimos otra ronda a gritos y nos entregamos a una hora de amor fraternal y canciones, al son de la música de un dúo que estaba actuando en la otra punta del jardín. El guitarrista era un desertor de pelo largo, pálido como la cera por culpa de haber vivido los últimos diez años entre las paredes de la casa del propietario del bar, saliendo únicamente de noche. La cantante era una mujer con el pelo igual de largo, voz dulce y figura esbelta resaltada por un ao dai de seda del mismo color que el rubor de una virgen. Estaba cantando los versos de Trinh Cong Son, el cantautor folk al que amaban incluso los paracaidistas. *Mañana me iré, amor mío...* Su voz se elevó por encima del murmullo de las charlas y de la lluvia. *Acuérdate de venir a verme...* El corazón se me estremeció. No éramos un pueblo que se lanzaba a la batalla siguiendo la llamada de una corneta o una trompeta. No, nosotros luchábamos al son de canciones de amor, porque éramos los italianos de Asia.

Mañana me iré, amor mío. Las noches de la ciudad ya no son hermosas... Si Bon supiera que era la última vez que veía a

Man en años, o que quizá no volvería a verlo nunca, jamás se habría subido al avión. Ya desde nuestra época del liceo nos creíamos los Tres Mosqueteros, todos para uno y uno para todos. Fue Man quien nos hizo leer a Dumas: en primer lugar, porque era un gran novelista, y en segundo lugar, porque era cuarterón. Por consiguiente era un modelo para la gente como nosotros, colonizada por los mismos franceses que lo habían despreciado a él por sus ancestros. Man era un lector y narrador ávido, y de haber vivido en tiempos de paz seguramente habría acabado de profesor de literatura en nuestro liceo. Además de traducir a nuestra lengua nativa tres de las novelas de intriga de Perry Mason escritas por Erle Stanley Gardner, también había escrito una él, con seudónimo, bastante olvidable y al estilo de Zola. Había estudiado América pero nunca la había visitado, igual que Bon, que ahora pidió otra ronda y me preguntó si había bares al aire libre en América. Tienen bares y también supermercados donde siempre se puede comprar cerveza, le dije yo. ¿Pero acaso hay mujeres hermosas que cantan canciones como éstas?, me preguntó él. Yo le volví a llenar el vaso y le dije: tienen mujeres hermosas, pero no cantan canciones como éstas.

A continuación el guitarrista se puso a rasgar los acordes de otra canción. Pero sí que cantan canciones como ésta, dijo Man. Era *Yesterday* de los Beatles. Mientras los tres nos uníamos al coro de la canción, se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo debía de ser vivir en una época en que tu destino no fuera la guerra, en que no te vieras obligado a seguir a cobardes y corruptos, en que tu país no fuera un caso perdido que solamente continuaba con vida gracias al goteo intravenoso de ayuda americana? Yo no conocía a ninguno de aquellos jóvenes soldados que me rodeaban, salvo a mis hermanos de sangre, y sin embargo confieso que les tenía lástima a todos, perdidos como estaban sabiendo que en cuestión de días estarían muertos, o heridos, o en la cárcel, o humillados, o abandonados, u olvidados. Eran mis enemigos, y sin embargo también eran compañeros de armas. Su querida ciudad estaba

a punto de caer, pero la mía estaba a punto de ser liberada. Para ellos era el fin del mundo, pero para mí era un simple cambio. De forma que durante un par de minutos cantamos con toda nuestra alma, concentrando nuestros sentimientos en el pasado y apartando la vista del futuro, como nadadores que bracean de espalda hacia una catarata.

Para cuando llegó la hora de marcharnos, por fin había dejado de llover. Nos estábamos fumando un último cigarrillo en la boca del callejón húmedo y goteante que servía de salida a la cervecería cuando un trío de marines hidrocefalos salió dando tumbos de la oscuridad vaginal. ¡*Hermoso Saigón!*, iban cantando. ¡*Oh, Saigón!* ¡*Oh, Saigón!* Aunque solamente eran las seis, ya estaban borrachos y tenían los uniformes manchados de cerveza. Los tres llevaban subfusiles M16 colgando de la espalda y los tres iban enseñando un par extra de testículos. Vistos más de cerca, éstos resultaron ser sendas granadas sujetas a los lados de la hebilla del cinturón. Aunque sus uniformes, armas y cascos estaban fabricados en América, igual que los nuestros, resultaba imposible confundirlos con americanos: los cascos mellados los delataban, unas ollas de acero diseñadas para cabezas americanas que a nosotros nos venían grandes. El primer marine venía bamboleando la cabeza a un lado y al otro cuando se chocó contra mí, soltó una palabrota y la visera del casco le cayó hasta la misma nariz. A continuación se empujó la visera hacia arriba y vi que intentaba dirigirme una mirada de ojos vidriosos. ¡Hola!, me dijo, con un aliento nauseabundo y un acento del sur tan fuerte que me costó entenderlo. ¿Qué es esto? ¿Un policía? ¿Qué estás haciendo tú con los soldados de verdad?

Man le tiró su ceniza. Este policía es capitán. Cuádrese ante su superior, teniente.

El segundo marine, que también era teniente, dijo: si usted lo dice, mayor, y a continuación el tercer marine, que también era teniente, dijo: a la mierda los mayores, los coroneles

y los generales. El presidente se ha escapado. Los generales: ¡puf! Se han esfumado. Adiós. Salvando el pellejo, igual que siempre. ¿Y sabes qué? Eso nos deja a nosotros para cubrir la retirada. Como siempre. ¿Qué retirada?, dijo el segundo marine. Si no hay adonde ir. El tercero se mostró de acuerdo: estamos muertos. Como si lo estuviéramos ya. Nuestro trabajo es estar muertos.

Yo tiré mi cigarrillo. Todavía no están ustedes muertos. Han de volver a sus puestos.

El primer marine volvió a enfocar la vista en mi cara y se me acercó un paso hasta que su nariz casi tocó la mía. ¿Qué eres tú?

¡Basta de impertinencias, teniente!, gritó Bon.

Yo te diré lo que eres. El marine me clavó el dedo en el pecho.

No lo diga, le dije yo.

¡Un bastardo!, gritó él. Los otros dos marines se rieron y se sumaron al coro: ¡Un bastardo!

Yo desenfundé el revólver y le puse el cañón entre los ojos. Detrás de él, sus amigos manosearon los fusiles con nerviosismo pero no hicieron nada. Tenían las facultades embotadas pero no lo bastante como para creer que podían sacar sus armas más deprisa que mis amigos, que estaban más sobrios.

¿Está usted borracho, verdad que sí, teniente? La voz me tembló a mi pesar.

Sí, dijo el marine. Señor.

Entonces no le dispararé.

Fue entonces, para mi gran alivio, cuando oímos explotar la primera de las bombas. Todo el mundo giró la cabeza en dirección a la explosión, que fue seguida de otra y de otra más, al noroeste. Es el aeropuerto, dijo Bon. Bombas de doscientos kilos. Luego sabríamos que tenía razón en ambas cosas. Desde nuestra perspectiva, sin embargo, no pudimos ver nada más que unas columnas nebulosas de humo negro al cabo de unos momentos. De pronto pareció que toda la artillería de la ciudad se ponía a disparar, desde el centro hasta el aeropuerto,

desde cañones ligeros que hacían clac-clac-clac hasta los pesados que hacían chug-chug-chug. Las ráfagas de balas trazadoras de color naranja subían en remolinos en el cielo. El estruendo hizo salir a todos los residentes de la maltrecha calle a sus ventanas y al interior de sus portales, y yo enfundé otra vez mi revólver. Espabilados por la presencia de testigos, los tenientes de marines se subieron a su jeep sin decir una palabra más, arrancaron y se alejaron, zigzagueando entre el puñado de motocicletas que había en la calle hasta llegar al cruce. Luego el jeep frenó hasta detenerse y los marines salieron dando tumbos y empuñando los M16, mientras las explosiones continuaban y los civiles se agolpaban en las aceras. El pulso se me aceleró cuando los marines nos miraron con expresiones hostiles bajo la luz amarillenta de una farola, pero lo único que hicieron fue apuntar al cielo, aullar y gritar mientras disparaban sus armas hasta vaciar los cargadores. El corazón me latía muy deprisa y el sudor me caía por la espalda, pero sonreí para mis amigos y encendí otro cigarrillo.

¡Idiotas!, les gritó Bon mientras los civiles se acuclillaban en los portales. Los marines nos gritaron unos cuantos insultos antes de volver a subirse al jeep, doblar la esquina y desaparecer. Bon y yo nos despedimos de Man. Después de que éste se marchara en su jeep, yo le tiré las llaves a Bon. El bombardeo y el fuego de artillería se habían detenido, y Bon se pasó todo el trayecto hasta su apartamento al volante del Citroën soltando imprecaciones contra el Cuerpo de Marines. Guardé silencio. No necesitábamos que los marines fueran educados. Necesitábamos que tuvieran los instintos adecuados cuando había vidas en peligro. En cuanto al insulto que me habían dedicado, me molestaba menos que mi propia reacción a él. Ya tendría que haberme acostumbrado a aquel calificativo erróneo, pero por alguna razón no era así. Mi madre era nativa y mi padre extranjero, y tanto amigos como desconocidos habían disfrutado recordándomelo desde mi infancia, escuchándome y llamándome *bastardo*, aunque a veces, para variar un poco, me llamaban *bastardo* antes de escupirme.